

111-15

000757

REVISTA

1411

DE LA

UNIVERSIDAD

DE

CUENCA



MIGUEL LEON

Nº 8º

SINOPSIS

- 1—Los sistemas políticos—Leopoldo D. vila Córdoba.
- 2—Conferencia.—Juan Iñiguez Vintimilla.
- 3—Pío Carrión.—Ezequiel Márquez.
- 4—Discurso.—César Astudillo.
- 5—Discurso.—Juan Iñiguez Vintimilla.
- 6—Tratado Sintético de Ciencia del Derecho Penal.—Aurelió Aguilar Vázquez.
- 7—Discurso—Alfonso M. Mora.

Agosto de 1932.

Cuenca—Ecuador S. A.

Tip. de la Universidad

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD DE CUENCA

Nº 8º

NOTAS

La Revista de la Universidad de Cuenca se canjea con toda clase de publicaciones nacionales y extranjeras.

Esta revista cuenta con la colaboración de los Profesores de la Universidad.

De las opiniones emitidas en los trabajos que publica la revista son responsables sus autores.

Se hará reseña crítica-bibliográfica de las obras que se reciban dos ejemplares, las mismas que serán destinadas a la Biblioteca de la Universidad.

No se devuelve originales.

Canjes, correspondencia, etc. impersonal diríjase a UNIVERSIDAD, apartado Nº 18.

MIGUEL A. DIAZ CUEVA

Edición No.
Vol. No.

Miguel A. Díaz Cueva

Los sistemas políticos

Conferencia sustentada el año de 1930 por el Dr. Leopoldo Dávila Córdoba, profesor de Química Biológica en la Universidad de Cuenca.

La suerte de los sistemas políticos está íntimamente ligada a la suerte de los pueblos; o, invirtiendo el concepto, la suerte de los pueblos depende de los sistemas políticos, índice de su conciencia, de su mentalidad y de su impulso. Un pueblo será tanto más feliz, cuanto el régimen político que sobre él impere, esté más de acuerdo con las aspiraciones de los individuos y en íntima conexión con la voluntad popular.

A primera vista, parece que los sistemas políticos, contemplados dentro de una forma determinada, no evolucionan, y que desaparecen antes que adaptarse a la ley evolutiva del progreso; pero esto no es exacto; y así como las lenguas tardan más en morir según sea el aislamiento de las naciones que las hablan, así los sistemas políticos tienen mayores probabilidades de permanencia, mientras menor sea el desarrollo de su comercio y vías de comunicación con otros países, y menor la capacidad intelectual de los pueblos.

Indudablemente, muchos sistemas políticos de la antigüedad han desaparecido, como desapareció la lengua hebrea después de la cautividad de Babilonia; y como desaparecieron el sánscrito y la lengua de Zoroastro. Y estos sistemas políticos desaparecidos son los que más dificultad ofrecen para reconstruirlos, puesto que aun aquellos sistemas que brotaron en las auroras de

la historia humana, como el sistema político de los Faraones, prestan serias dificultades para su reconstrucción total, ya que los datos y documentos que llegaron hasta nuestra época son escasos, incompletos y, aun más, viciados por los comentadores teocráticos. Son estos sistemas como los fósiles, asequibles únicamente para los eruditos; y, una vez extinguidos con las sociedades cuya modalidad encarnaron, no reaparecen, como no reaparecen los idiomas perdidos o las especies zoológicas extinguidas. Y a medida de las necesidades evolutivas, psíquicas y morales que han alejado tanto al hombre actual del primitivo se ahonda más el abismo entre los sistemas políticos de antaño y los presentes.

Lo que sucede con las especies vivientes y con las lenguas, sucede también con los sistemas políticos: son fósiles que se ocultan tras el mutismo de las tumbas y que se muestran tangibles únicamente a los eruditos, como aquellas a los paleontólogos y naturalistas, quienes reconstruyen el fenómeno, para el estudio comparativo, de la vida animal en los tiempos que pasaron y los presentes. De igual manera, el sociólogo, el filósofo, el historiador, reconstruyen la vida política de los pueblos para seguir la marcha evolutiva de la sociedad humana, mas no porque pretendan que puedan resurgir en este siglo ni en los venideros los sistemas que rigieron las tribus o los clanes y los pueblos de las antiguas edades. A nada se puede aplicar, tan exactamente, el proverbio que dice: "los muertos muertos están" como a los sistemas políticos de antaño, los que constituyen una mezcla confusa de Cortes, Parlamentos y Templos.

Que los sistemas políticos tuvieron un sólo origen, no cabe duda alguna. Lo que presenta grave dificultad es saber cual de estos sistemas fue el primero; aun que parece demostrado que nació de la familia primitiva, de aquella que Morgan llama la familia *punulua*. Pero, ¿desde qué punto de vista podemos llamar sistema político a este régimen de familia, ya que no es posible apellidar de esta manera a meras costumbres de núcleos tan reducidos, nomados, aun dentro de la organización de grupo familiar antes de la organización

de los clanes?

El gobierno del clan, aun cuando se halla bajo el matriarcado, ya tiene un carácter que lo asimila al concepto de sistema político; carácter que se acentúa en el gobierno de la tribu; sistema que, verosimilmente, se bifurcó y, a través de los tiempos y con sujeción al progreso evolutivo, generó los que han llegado hasta nuestros días, afectando las distintas formas con que hoy los conocemos, desde los que rigieron al Egipto, la Grecia y Roma, hasta los que rigen en la actualidad. Sucede con el fenómeno político social, lo que con las especies vivientes que, partiendo de una sola célula, han llegado a formar la enorme clasificación zoológica y botánica que hoy conocemos; lo que sucede también con los idiomas que, con una sola palabra ha generado muchas voces, aun de otros idiomas distintos, constituyendo el árbol genealógico de la lingüística. Así como el tronco de los reptiles dio origen a las aves, y la palabra *spas* (ver, examinar) ha originado muchas otras en francés, inglés, español, etc; así mismo un sólo sistema político, el del clan, ha generado, indudablemente, todos los sistemas conocidos hasta hoy.

Y no se nos diga que los sistemas políticos no se deriban unos de otros, o que no tienen conexiones entre sí. Para llegar a estas afirmaciones, precisa no conocer los distintos eslabones que unen entre sí los sistemas de gobierno y precisa no darse cuenta exacta de lo que constituye y significa el progreso evolutivo. Basta observar con detenimiento y atención, para convenirse que, como las especies vivientes proceden de una o varias parejas, así nuestros sistemas políticos proceden de sistemas políticos anteriores, como lo prueban las estrechas relaciones que presentan entre sí, y, más aun, los caracteres de hibridación que en muchas ocasiones se nota, hasta en los sistemas modernos.

Tomemos como ejemplo a Roma, la que con soberbia inaudita llegó a apellidarse "la señora de las grandezas" para significar que en su seno se forjó todo lo relativo a la más alta civilización, tanto en lo moral, como en lo jurídico y lo político. Mas si penetramos algunos palmos bajo la capa férrea que cubre la his-

toria antigua, observaremos que la misma gran nación de Rómulo, Augusto y César no es sino el agregado de los sistemas políticos de Oriente con una base griega, una hibridación de largos años de las civilizaciones del Africa y del Asia, pulidas en la Grecia; pues las mismas leyes esculpidas en las Doce Tablas de bronce, como lo han dicho ya varios escritores que las han estudiado detenidamente, fueron hechas para un pueblo que comenzaba a salir de la barbarie y fueron aportadas en su mayor parte por un expatriado de Efeso, Hermódoro, el que antes de arribar al Lacio, recorrió el Asia observando los varios sistemas políticos, así como las distintas formas de sociedad civil que en aquellos tiempos dominaban ese continente. Y para perpetuar esa humillación de la soberbia de Roma, el Foro presenció la erección de una estatua al filósofo de Oriente.

En Egipto, la nación más antigua que la historia nos presenta con alguna pureza y claridad, los sistemas políticos revestían una forma mixta, o mas bien una mezcla de las formas primitivas que regían, indudablemente en los oscuros y lejanos tiempos de la opulencia de la India, la China y el Tibet, cuando en estas naciones habían desaparecido los clanes y las tribus en muchos lugares, y formándose el sistema de los poblados, con un esbozo de tribunal, un templo para el fetiche y una morada para el jefe o jefes de los distritos. El Egipto donde el Faraón es dios y monarca a la vez, nos muestra desde las primeras edades dinásticas la hibridación tenebrosa, del poder temporal, que ha azotado a la humanidad, desde hace miles de años. En aquellas épocas ya tenemos la forma mixta, cuando el Faraón se presenta con los caracteres del dios Ra, al disponer como este de millares de panes, de aves de corral, de cabezas de ganado, etc; y nos hallamos frente al gobierno despótico. Hay que reconocer que bajo cierto punto de vista es esta una forma abanzada de gobierno que se presenta con una doble función y una doble personalidad: la encarnación del rey muerto, en la persona del sucesor, originada en la metempsicosis, conocida ya en el Asia.

El monarca, ejerce el poder, pero bajo la inspiración o mandato del rey muerto que desde el cielo inspiraba los juicios y sentencias y aún el Derecho público; pues se creía que el monarca fallecido continuaba ejerciendo en el cielo las mismas funciones que ejercía en la tierra. En esta época no existían leyes codificadas y el derecho era lo que la razón o el capricho impulsaban a promulgar al monarca; es decir, lo que al rey se le antojaba prescribir o prohibir. Por lo mismo, tenemos ya la monarquía y de derecho divino; puesto que al monarca se le tenía como a dios y lo que él ordenaba se tomaba como ley creada por Dios y transmitida por el rey antecesor, que habitaba en el cielo. Dichos mandatos se escribían en papiros, y una vez promulgados nadie podía contrariarlos y tenían realización inmediata y ciega por parte de los súbditos, sin necesidad de que nadie vigilara para su cumplimiento en este mundo.

Así avanzó el progreso y la evolución política en las dinastías egipcias hasta la séptima, en la que se establece el feudalismo aristocrático, en las distintas provincias o distritos; si bien es verdad que esta última forma de gobierno es propia del Egipto civilizado por la invasión asiática, que fecundó el país, con los grupos autóctonos que aun existían, lo que está comprobado con los descubrimientos que han llevado a cabo los egiptólogos, después del descubrimiento de las tumbas de Abidos y Negadah, de la época de los neolíticos egipcios.

Al recorrer la prehistoria, cuyas páginas están formadas por las tumbas predinásticas y las pizarras con las múltiples figurillas y geroglíficos, nos hallamos con el gobierno del fetichismo, en los años de 5.000 a 4.500 antes de nuestra era; gobierno que se halla muy distante y con escasas conexiones con el teocrático, ya en evolución y que forma la base de las dinastías divinas; pero en la remota época del fetichismo, hallamos ya algo así como un tránsito hacia la nación, con los intentos o más bien esbozos de un poblado, que encierra dentro de sí un tribunal, el templo del fetiche y la morada del jefe: el dios monarca. En todo esto no

se ve otra cosa que el clan que muere envuelto en las sombras crepusculares de la aurora de la nación, siendo entre los dos sistemas tipo de transición el poblado, bajo la dirección de un anciano, el Saru, primer jefe antes de los reyes, antes de toda dinastía, aun de las timitas, según opinión de Davy. Es decir, estos grupos egipcios tubieron a su cabeza a los que han regido a las tribus, en las diferentes partes del mundo donde han existido éstas; y forman la primera fase política, emanación de la estructura social del clan, brote espontáneo de la familia primitiva, al salir del salvajismo, alejándose de las otras especies de mamíferos. Es la forma clásica de la familia primitiva, tan bien descrita por Morgan, bajo el nombre de *familia punulua*.

Naturalmente, nuestro objeto es seguir los sistemas políticos después de la organización de la tribu; y no remontarnos a esos oscuros y lejanos tiempos, cuando la familia primitiva no tenía más gobierno que la madre y los hijos que bagaban solitarios por los bosques, tras los simios, que les enseñaban cuales eran los frutos comestibles. Hemos de tomar la sociedad humana, cuando se organizó en ese grupo de individuos compuestos de la madre, de los hijos, las hijas, los hermanos de la madre, y más personas íntimas de familia, y representados por el hermano mayor de la madre o por un anciano elegido por todos los individuos del grupo; y más tarde por el consejo de ancianos: plena época del matriarcado. El primer tipo de gobierno es el matriarcado, ese precioso régimen de familia, en cuyo dulce y alagador fondo prosperó la primera humanidad; si bien es verdad que en la forma lleva muchos defectos propios de la remota edad en que se organiza, cuando el hombre más se acerca a la vestia que al *homo sapiens*, como lo prueban sus hechos y las encarnizadas luchas, aun después que las tribus se combinaban para formar las naciones.

Al hablar del matriarcado, no lo hemos de tomar en el sentido de que era la madre la única que regía como jefe absoluto del grupo organizado. Al rededor de ella se agrupaban todos los miembros de la familia,

tales como los hermanos, las hermanas menores, aun cuando fueran madres, los hijos, etc; y si bien es verdad que la madre, hermana mayor de todo el grupo, hacía de jefe, los bienes y más derechos corrían a cargo del hermano mayor de la madre, o un anciano elegido por todo el grupo o *gens* y más tarde por la tribu. Y si llamamos matriarcado a este sistema, es porque en él no se conoce al padre, ni los hijos tienen más sujeción que a la madre, sujeción que se acentúa en las tribus o clanes poliándricos, en tiempos de las sociedades endogámicas; pues en esta clase de sociedades el padre vive con los de su tribu y sólo va ocasionalmente donde la que ha elegido, aún en aquellos lugares donde la mujer no tiene sino un sólo esposo; que al tratarse de sociedades en las que constituye un timbre de gloria para las damas el mayor número de maridos, es verdad lo que dice el distinguido sociólogo Lafarge, al hablar de la familia naire: "Estos maridos se sucedían por turno; pues cada uno tenía su día conyugal señalado, durante el cual debía sufragar los gastos de la casa, y al entrar en ella colgaba en la puerta su espada y su broquel para indicar que la plaza estaba ocupada".

En estos pueblos la madre o la hermana mayor era el jefe de la casa, y quien administraba los bienes era el hermano mayor. Más tarde, cuando el régimen político ha evolucionado, y paralelamente con él el derecho, con tendencias a la perfectibilidad del matriarcado, antes de la usurpación de los derechos maternos, los únicos reales, la propiedad y todo lo que se relaciona con el poder externo, está a cargo del consejo de ancianos, elegidos por toda la tribu, de entre los de más edad de la misma.

Hay que tomar en cuenta que si al hablar de matriarcado, empleamos la palabra familia, no lo empleamos en la acepción que hoy tiene, al designar al padre, la madre y los hijos no emancipados; pues en los tiempos prehistóricos y aún después, dicho nombre designa otra cosa, y no lo que significa desde la época de los romanos quienes llamaban familia al conjunto de esclavos que pertenecen a un mismo y único dueño,

como lo indica el origen de esta palabra: *famulus*, esclavo doméstico. Indudablemente, el nombre de familia, como hoy se lo toma, se aplicó después del denigrante triunfo del hombre sobre la mujer; después que ésta, usurpada sus derechos, fue esclavisada, constituyendo su esclavitud el *inri* eterno para el hombre después de su triunfo cobarde. A favor de la primitiva acepción de la palabra familia, se declaran los más eminentes sociólogos, como Bachofen, Marx, Federico Engels, Kovalowsky y otros, especialmente Engels, cuando dice, al hablar de la familia tal como hoy la comprendemos: "Esta expresión fue inventada por los romanos para designar un nuevo organismo social, cuyo jefe tenía bajo su poder a la mujer, los hijos y a cierto número de esclavos, con la patria potestad romana y derecho de vida y muerte sobre ellos todos".

En el seno de estas primeras organizaciones, origen del Estado, no se divisa claramente un verdadero régimen político, especialmente en la *familia punulua*; si bien es verdad que en la *Sindiásmica* se disipan un tanto las tinieblas, y asoma el origen de un sistema de gobierno, con el *patriarcado* y el *domacin* jefe de familia, quien tiene voto deliberativo en determinados casos, como por ejemplo cuando se trata de mejorar la suerte de las solteras eligiéndolas un esposo; más no en lo que se relaciona con la propiedad, la que sigue como antes: el poder supremo es parlamentario y recide en el consejo de familia. Aún más modernamente, en Alemania, se entiende por familia la comunidad de muchas generaciones o familias, fuente del poder político y económico, según Hessler.

La familia *sindiásmica* termina en pleno período patriarcal, con la dominación del hombre sobre la mujer. Luego nos encontramos en el período de la familia *monogámica*, aún cuando en una forma aparente e irrisoria, ya que, como dice el sabio alemán Engels, el hombre exige como homenaje a su triunfo, la estricta fidelidad de la mujer, pero élla va más allá y se encarga de coronar la cabeza del hombre triunfador y dominador.

Prescindiendo de estos lances de civilización, no

hay duda que la familia monogámica, primer peldaño de la civilización, después que la humanidad atravesó los períodos del salvajismo y la barbarie, forma la base sólida de la tribu, que al correr del tiempo ha de convertirse o transformarse en la nación, en la que se hallan claramente las primeras formas de un sistema político.

Prescindiendo así mismo de la derrota femenina, así como de las relaciones entre los dos sexos y las fuerzas filogenéticas, ya sean estas androcéntricas, como quieren algunos, o ginecocéntricas, como quieren otros, entre ellos Dealey y Frank Ward; apartándonos de las causas generadoras de la sociología, entre las que figuran las ontogenéticas (el hambre) y las filogenéticas (el amor), trataremos ya de lleno de los sistemas políticos, fase la más ardua del problema sociológico. Los sistemas políticos han recorrido el mundo del uno al otro confín, y se han presentado simultáneamente en muchos lugares que no han tenido contacto entre sí al que se pudiera atribuir esa semejanza, que ha llamado la atención de los sociólogos que han constatado la marcha evolutiva paralela en parajes tan alejados unos de otros y sin ninguna relación comercial ni de ninguna otra especie, a la que se puede atribuir la semejanza en el desarrollo político y sociológico.

En el Asia y en el Africa, en el Egipto, es donde se registra nítidamente los fenómenos evolutivos por los que ha atravesado la humanidad. En la India y en el Egipto especialmente, lugares en los que el hombre ha prosperado sociológicamente, desde el simple grupo, esbozo de familia, la verdadera "molécula social", hasta llegar, a través de múltiples facetas sociológicas, a lo que podemos llamar un poder político, recorriendo todas las etapas, desde la *gens*. Aún dentro de la familia misma, ha recorrido esta organización peldaño por peldaño; desde el matriarcado y los estados de la familia *punulua* y *sindiásmica*, hasta llegar a la *monogámica*.

Al estudiar las distintas formas de familia, no lo hacemos con el objeto de apoyarnos en el progreso del

Derecho, sino por seguir el origen del poder político; puesto que el *paters familia,s* más que de regidor del derecho, reviste el carácter de jefe del poder político, ya que la propiedad corre a cargo de todo el consejo de familia o del de los ancianos; mientras que el *paters familias* se encarga únicamente de vigilar el cumplimiento de las leyes y dictarlas cuando le conviene y siempre que no ataquen a la propiedad o al derecho de la familia o tribu; el consejo de familia es el que resuelve sobre los bienes, ya sea para la adquisición o la enajenación de ellos, lo mismo que para resolver sobre los derechos individuales.

Al pasar de Oriente a Occidente, se nota la diferencia enorme entre las costumbres muy primitivas de los pueblos de Oriente y los de Europa. En esta última había desaparecido el matriarcado, en edades tan lejanas, que no quedaba el más pequeño vestigio a la llegada de los orientales, aún que la prehistoria permanece muda respecto de los grupos autóctonos. Que haya existido el matriarcado en Europa no cabe duda y quizá a este régimen de familia estaban sujetos los magdalenenses francés; pero nada puede concluirse acerca de este particular al tratarse de grupos humanos tan distantes de nuestra era y a los que conocemos tan sólo por los estudios antropológicos, más no en el campo de la sociología, puesto que nada se ha dicho, ni se podía decir, etnológica y ni sociológicamente de estos seres.

En Grecia misma, por ejemplo, es más que probable que no existió el matriarcado, puesto que los nómadas hijos de la Península Balkánica, aquellos que al triste compás del tarareo pastoril, seguían sus rebaños a través de los herbajes, fueron los primeros que llegaron a Grecia con el nombre de aqueos; los que más tarde, bajo el nombre de jónicos fundaron Atenas y después otras regiones de Grecia apellidados eólicos. Y si bien es verdad que estos no formaban un Estado, estaban ya sujetos al clan patriarcal, al que llamaban *fatria*.

Después de Oriente, es la Grecia la que más llama la atención de historiadores y sociólogos, porque

allá llegaron desde Egipto, la India, Persia, en fin de todo el Oriente, los principios de una civilización, y el material con que se formó el Occidente. De manera que la Grecia es el crisol donde se fundieron y purificaron los elementos que llegaron a constituir la grandeza de la civilización occidental. Los helénicos, como se apellidaron, antes que los romanos los llamaran griegos, fueron los que plasmaron, en Occidente, el arte, la literatura, la filosofía y la ciencia; los que dieron con el verdadero sistema político del pueblo; los que en la fragua de su grandeza forjaron la democracia.

Por esto nos es forzoso tomar a la Grecia en occidente, como tipo las naciones que han atravesado las etapas del progreso evolutivo, hasta llegar a la cumbre, aun cuando se haya realizado el fenómeno universal: el ciclo sociológico; sujeto, como todo en la Naturaleza, a nacer crecer y morir. Grecia tubo también como la India y el Egipto, su niñez, su juventud gloriosa, su edad filosófica y su vejez, con todos los caracteres psiquiátricos, pues no le faltaron la senilidad y la Chochez. Pero fue grande, porque creó y plasmó con los elementos traídos de Oriente la ciencia y el arte y no hizo lo que Roma, usurpar, imitar y caer para siempre, por falta de perfecta asimilación, en el *surmenaje* en que caen las naciones intemperantes.

Nada tenemos que agregar respecto a los sistemas políticos de la Grecia, ya que son los mismos que desde hace miles de años antes de su aparición como nación civilizada existían en la India, la China, el Egipto, Persia, la Caldea, etc., de donde fueron importados a Grecia. Aquí, también, hallamos el régimen de familia, no bajo la forma del mataiarcado, sino bajo la de la familia patriarcal. Existió así mismo, aunque por poco tiempo, la endogamia, que, como sabemos, es duradera solamente en los lugares que, por falta de vías de comunicación permanecen más o menos tiempo al abrigo de su aislamiento. Hubo igualmente la tribu y la *gens*; y al finalizar la tribu, el reinado, con todos los caracteres de la teocracia, primer peldaño por el que han atravesado las naciones, antes de llegar a la forma perfecta de gobierno: la democracia.

El reinado en Grecia es una consecuencia lógica de las creencias primitivas, que venían arrastradas desde Oriente; especialmente del culto a los muertos y la adoración al fuego. Comprendieron los pueblos primitivos la importancia de la religión doméstica, y esa fiebre del culto a los antepasados fue el principio de las dinastías; y más aún en aquellos lugares donde el hombre esclavo se prestaba para honrar al antepasado, dios deméstico, en aquellos lugares donde era raro “el hombre político”, como apellida Aristóteles a los que persiguen la emancipación, y reniegan de la esclavitud ciudadana. Fustel de Colanges, en su libro admirable ‘La Ciudad antigua’ ha demostrado este proceso sociológico político.

El reinado en aquellos tiempos nace directamente de la familia, al constituir la aldea. Así lo creen, y con sobrada razón y fundados en hechos concretos, los más eminentes sociólogos; especialmente aquellos que como Glotz se han dedicado a estudiar este particular sobre todo en Grecia. De aquí que dicho sociólogo se expresa en estos términos: “De la familia ha salido como un enjambre, como una colmena, la aldea, la *Kome*: los que la habitaban, hijos y nietos de la familia obedecen a un rey, el cual ejerce en la familia agrandada todos los poderes que revertían al de mayor edad en la familia primitiva”. De suerte que aquí encontramos el primer paso al poder político llamado dinástico, para completarse cuando, fusionadas las aldeas formen el Estado: lo que propiamente se llama la *polis* (ciudad).

Este es el momento de apellidar a estos sistemas de Gobierno, sistemas políticos; puesto que rigen o gobiernan ya una ciudad. Aquí nace el “hombre político” en la verdadera acepción de la palabra; aquí empieza también la usurpación de los derechos libres del hombre; aquí su dominación; aquí la época fatídica en la que se bifurca la humanidad en las tres grandes ramas: los teócratas, los que descienden de las divinidades y gobiernan a nombre de los dioses; los aristócratas que descienden de las clases privilegiadas, que no fueron hechos de polvo térreo, sino de los deshechos de las divinidades; y finalmente, el *demos*, el pueblo, sobre

cuyos hombros pesó y pesa todavía el andamiaje del poder de las otras clases. Al pueblo no le era ni permitido ni pensar en las mansiones divinas si no se sujetaba totalmente a los representantes de la aristocracia y de la teocracia, el pueblo servía de pasto a la brutal degeneración de unos pocos, que para justificar su crimen se apellidaron hijos de los dioses; el pueblo fue designado a regar con su sangre los campos, fertilizando el porvenir y sólo para satisfacer la ambición de los que han constituido en todo tiempo el oprobio del humanitarismo, de los que tuvieron la suerte, digámoslo así, de nacer anormales; en fin, del pueblo, eterna víctima. Más como todo tiene su término y nada es inmutable a no ser la materia, la energía y sus leyes, el pueblo recobró lo que se le había usurpado, y convencido de sus derechos, de que el gobierno es la emanación lógica de la voluntad popular, con tendencias al mejoramiento de los asociados, surgió la democracia triunfal de Solón, Pisistrato y Clistenes. Y junto a ellos vemos a la democracia griega llevar en sus estandartes el emblema de la igualdad. Pisistrato empañó su grandeza con su gobierno tiránico asociado a la aristocracia, aun cuando se haya portado amable y dulce con el pueblo y los aldeanos, lo que hace decir a Aristóteles, que Pisistrato gobernó más bien como ciudadano que como tirano. A esto hay que agregar su vida moderada en el palacio, su amor a las bellas artes y su bondad para con los hombres, lo que le valió el título de filántropo.

Tenemos que recordar aquí a Atenas, porque al hablar de la democracia se nos presenta el jonismo, reclamando la primacía, puesto que en Atenas nació este bello sistema político; y no como una improvisación, sino como fruto propio de la herencia psicológica de los hijos de Jonia. La selección de los descendientes de la Península Balkánica es un hecho y los que vinieron a parar en Atenas fueron los más aptos. En su nueva patria venían preparando desde hace siglos esta forma de gobierno, propia de su rara inteligencia de la vivacidad tan común entre ellos, y sobre todo de su amor filosófico a la patria; así como del odio noto que poseían

a todo lo que significaba tiranía y traición; odio que llevó a los atenienses a prescindir del ritual fúnebre para con el tirano y el traidor, sin incinerar sus cadáveres; pues creían que aún sus sombras vaporosas eran malféticas a la humanidad viviente.

Dentro del conjunto griego vemos a Atenas destacarse y llegar al gobierno democrático más perfecto; forma de gobierno que lo hubiera adoptado desde Solón y lo hubiera difundido por toda Europa, a no ser por el conflicto con Cicilia y el egoísmo de Lacedemonia, capital de la Grecia dórica y cuna de la aristocracia. Los atenienses llevaban en sus venas sangre jónica y por ello amaban la libertad y odiaban la tiranía, a la inversa de los dóricos, que, cuando no mandaban, obedecían, eran esclavos. Es por esto que dice el Decano de la Facultad de Letras de la Universidad de París, Acroiset: "*Jonismo y democracia de un lado, dorismo y aristocracia del otro fueron términos que se acostumbraba a asociar estrechamente*".

En Grecia, antes de la democracia, al finalizar la monarquía, tenemos otra forma de gobierno la oligarquía, que constituye el tránsito a la democracia. No es posible confundir, como quieren algunos, con la democracia misma, ya que en los pueblos oligárquicos, son los ricos y los nobles los que de preferencia integran las Cortes, los Tribunales y aún los Parlamentos. Es lo que sucedía también en Grecia: en la *agora*, en la gran plaza del pueblo, no se les aceptaba a los artesanos ni a los campesinos; siendo probable que este sistema de gobierno fue una mera imitación del que ha mucho tiempo existió en Tebas, y que los atenienses tomaron como modelo cuando trabajaban la *Constitución de los Cinco mil*. Este mismo sistema fue en aquellos tiempos, adoptado, también por los espartanos. Esta confusión entre la oligarquía y la democracia, nace porque cuando cayó la oligarquía, en muchos lugares, continuó el Consejo en manos de los que formaban la *bule*, y, luego, porque muchos se atienen a los comentarios de Aristóteles, quien al hablar de la Constitución ateniense agrupa al rededor de la *bule* a las demás magistraturas. Mayor es todavía la confusión si se tiene pre-

sente que en muchos pueblos el Consejo fue una verdadera oligarquía; como pasaba hasta hace poco, aún en América, después del republicanismo. Para ejemplo, ahí está nuestra patria que, hasta la venida del Liberalismo, no aceptaba en los municipios al obrero.

Al finalizar la oligarquía, el estado económico de Grecia es lamentable; y de ahí precisamente nace la democracia: cuando el pueblo no pudo soportar el hambre, que sobrevino a causa de la exigencia de los acaparadores y de los enormes impuestos que pesaban sobre la ciudad y, en especial sobre los que formaban la plebe, según la designación romana, se produjo el choque entre la democracia y la oligarquía, y surgió el ciudadano libre sin distinción de cuna; y, como consecuencia lógica de este orden de cosas, brotó la Asamblea popular y su inmediata consecuencia: el "*demos soberano*", delegando su voluntad suprema a un cuerpo deliberativo, al que llamaron Consejo.

Tal fue la situación de Grecia, cuando comienza a florecer Roma; y de no haber sido absorbida por esta última, ni haber sobrevenido el conflicto del Peloponeso, la magna Grecia hubiera creado, seguramente, los municipios, y llegado al gobierno federal comunal, cumbre de la civilización humana.

La transición política sociológica de Grecia a Roma, es casi insensible. Hablar de Roma después de Grecia, es como hablar de su primogénito; porque efectivamente, todo lo que tuvo Roma, lo heredó de Grecia. Pues hasta los dioses emigraron a Roma y con ellos, también las diosas inclusive las de las hetarias; y si alguna hizo su parada en la Etruria, sólo fue temporalmente mientras se purificase la cabaña de Acca Larcia, y se ocultase algo tras el velo del pasado, la Loba que amantó a Rómulo y Remo. Así todo cambio de clima pero no de carácter, puesto que hasta los dioses siguen crueles e impúdicos como sus antecesores: Belphegor, Molec y Milita en Babilonia, Madián en Judea; Astarte en Fenicia; y Afrodita la de Safo, Aspasia Baechis y Frine en Grecia.

Después que los griegos colonizaron la Italia primitiva, después que conquistaron Roma, realizóse el

fenómeno constatado por Luis Jacolliot, en sus "Traditiones inde—asiáticas", de que al fin los vencidos se imponen y absorben en sus instituciones y costumbres a los vencedores; lo que pasa también entre los partidos políticos de una misma nación, donde al fin los vencidos imponen sus creencias religiosas y políticas a los vencedores, punto importante para el desequilibrio social y lo continuación del ciclo sociológico.

Cuando invadieron los etruscos la Italia primitiva y sobre todo cuando los griegos pasaron a través de Cumas, en estos pueblos conquistadores no existía ya el matriarcado. De aquí que al hablar de Roma, en lo que se relaciona con el poder político, no podemos remontarnos a épocas más lejanas ni hablar de gobierno matriarcal. Y al querer retroceder a épocas anteriores a Grecia, el terreno se vuelve deleznable y se corre el peligro de caer en un error, a esto mismo se refiere León Hono, cuando dice: "Con la introducción de la civilización griega en Italia, el historiador se encuentra por vez primera en terreno sólido". De aquí que desde esta época comience el interés sociológico y político de Italia y Roma, sin que por ello se diga que no existieron en la Italia primitiva grupos autóctonos. No; el mismo eminente sociólogo escribe, después de sus investigaciones sobre el período paleolítico y los hallazgos hechos en Liguria, el Po, en Umbría, en Emilia, en los Abruzzos, en el monte Gargano, en Sicilia, etc: "Época de civilización ultra rudimentaria en que el hombre nómada todavía disputa al animal su pasto y su guarida". Por lo mismo cabe preguntarse ¿qué sistema político podemos encontrar en seres que compiten con las bestias?

Como nuestro propósito es seguir los sistemas políticos verdaderamente dichos, sistemas que han recorrido el mundo, prescindiremos de todo lo que se relaciona con los primeros pobladores de Roma, así como también, nos apartaremos de los comentarios sobre Ramnes, Tities y Luceres, lo mismo que sobre el sabino Atto Clauso, instalado en Roma, y cuya historia la escribió, ya, con maestra pluma, Tito Livio, y pasaremos directamente al régimen de la realeza, que aparece en

Roma después que Rómulo el héroe fundador de Roma abre el escenario político de la gran Nación.

En Roma, como en Grecia, hallamos los sistemas de realeza, de oligarquía y aún de democracia, después del conflicto entre nobles y plebeyos cuando la igualdad civil sucedió a las Doce Tablas, democracia que se acentuó en el año 445, antes de la era actual, cuando el tribuno Canuleio, lanzó su proyecto, que fue aprobado, en el que pedía la nulificación de la ley prohibitiva del matrimonio entre patricios y plebeyos. En esta época son aprobadas y reconocidas por el Estado las Asambleas de plebeyos; y reconquista el pueblo romano sus derechos.

Pasado este período, en el que hace la plebe todos los progresos llega, el año 300 antes de la era presente, en el que comienza a esbozarse los primeros síntomas de la decadencia de Roma, con tendencias a la regresión; y en el año 200 de la misma época se presenta la oligarquía con los caracteres de gobierno unipersonal, para terminar, posteriormente, con el cesarismo. A partir de esta época, el peor de los flagelos se establece sobre el pueblo romano, y se extiende difusamente por el mundo. Nos referimos a esa lucha interminable entre la teocracia y la aristocracia, entre la aristocracia y la teocracia, que ha continuado hasta nuestros días, y siglo tras siglo ha hecho correr ríos de sangre, ya en nombre de los dioses, ya en el del Estado, ya, más tarde, en nombre del dios del catolicismo, cuyas órdenes se han ejecutado, como mandato divino. De esta manera, desde el año 200, antes de nuestra era, ni Roma, ni Italia, podemos decir, han tenido otro sistema político que el absolutismo, con la lucha entre los dos partidos opuestos: la teocracia y la aristocracia, cuyas funestas consecuencias las sufre siempre el pueblo; y aún cuando por fin después de siglos de lucha y sangre, se haya negociado entre las dos potencias y claudicante se haya vendido y entregado el poder temporal, que se decía ser inalienable, ¿que provecho a obtenido el pueblo, el rebaño vendido y entregado también?

Aquí debiéramos terminar nuestro estudio, sobre los

sistemas políticos, puesto que en lo adelante ninguna forma nueva aparece, sino las mismas que ya conocemos, con diversos matices, a lo más. Pero acontecimientos, que en los últimos siglos cambiaron la faz del mundo, nos obligan a pasar a Francia, la Grecia moderna y dirigir nuestras miradas a la gran revolución de 1793. a esa monstruosa trepidación que sacudió los continentes; puesto que repercutió hasta en América la que sufrió el sacudimiento como la España misma, con la diferencia que, mientras para América se dictaban páginas de libertad, anunciando al mundo que se rasgaban los densos crespones que la enlutaban desde la muerte de Atahuallpa y Montesuma, a España se le mostraba el sudario de su libertad política.

Consecuencias de la revolución, conocida con el nombre del noventa y tres son la sangre de Marat, Dantón y Robespier y la de sus víctimas; y la que corrió después, cuando la funesta dictadura del tirano de Córcega. Pero era lógico que a raíz del gran movimiento regenerador de la raza humana, que venía anunciando los derechos de igualdad de los hombres, se alzara Napoleón primero. La naturaleza nunca camina a saltos, ni los grandes problemas se resuelven en una noche de insomnio: cuantas veces hemos visto hombres que han sacrificado su vida en gabinetes, y calabozos, para descorder el velo que ocultaba un solo y pequeño punto científico. Así mismo, por ley de la Naturaleza y por necesidad sociológica, era preciso que apareciera el tirano que debía sujetar al indómito concul que, desde Roma distribuía las coronas de toda Europa, a condición de obediencia.

Pasado el período napoleónico el vapor de la sangre francesa ahogado a los tiranos, transformose en alba de libertad: es una verdad demostrada por la historia que sobre la sangre del pueblo se alza el pueblo libre. Y desde la tercera república se afirma en Francia la democracia, sin que ni los conflictos posteriores, hayan menguado el brillo de este bello sistema político, que hasta hoy rige a los nobles hijos de la Francia.

No así en España en la que la monarquía ha sido y es la forma política más duradera y dentro de un

absolutismo cruel; como que parece que hasta hoy pesa sobre la Península la maldición de moros y judíos, o como que aún recorre el ámbito Ibérico el olor a sangre y carnes quemadas de las víctimas de la inquisición. A España no llegaron los oleajes de rebeldía y altivez que tan pródigos fueron para la Francia. Más no por esto hemos de decir que España no tuvo fulgores de grandeza: para testimoniarlo, está ahí la creación del Municipio en la edad media y las horas de dignísima altivez que, aun cuando fugaces revelan que no todo hombre nace siervo. Fue en una de esas horas que los ciudadanos de Aragón, comprendiendo que el rey no ejercía el poder sino como representante de la voluntad popular, y dijeron al monarca, soberbios y valientes: "nosotros que como hombres valemos tanto como vos, y unidos, como pueblo, valemos más que vos...". ¡Y es la patria de saguntinos y zaragozanos, la de las heroicas luchas contra el invasor napoleónico, la que soporta el escandaloso complot tripartita que sobre ella pesa, la humillan y abaten: el complot de la corona, la espada y el clero!

En América ha sucedido todo lo contrario; puesto que repercutió en ella la Revolución Francesa en una forma tal, que llegaron a romperse las cadenas con que nos tenían atados los católicos reyes de España. Y después de más de tres siglos de cautiverio, en el que gemían los indios, bajo el yugo tiránico de los españoles, misioneros y no misioneros, Bolívar y su General, con apoyo de las logias, enemigas de todo absolutismo, religioso o político, sacuden el dominio Ibérico. Y aún cuando no volvieron los pueblos americanos al régimen a que estaban sujetos los astecas y los incas, establecióse una forma más cercana al verdadero régimen a que aspiran los pueblos: el gobierno federal, y los libertadores nos legaron el republicanismo.

Tal es el proceso de los sistemas políticos más salientes que han regido al mundo hasta el advenimiento de la democracia, la que prepara el advenimiento de la verdadera igualdad entre los hombres: la justicia social.